

SANZ (Carlos). — *Australia, su descubrimiento y denominación*. Dirección General de Relaciones Culturales. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1973.

Novedoso y seductor es el tema que aborda Carlos Sanz. Uno de los memoriales del piloto español Pedro Fernández de Quirós, adelantado en las "derrotas", como decían con más frecuencia los navegantes hispanos de la época, que condujeron al descubrimiento de Australia, es el motivo-guía de su libro. Sanz presenta además un amplio estudio cronológico, descriptivo y crítico con la reproducción facsímil de la misma relación en español original y en las diversas traducciones contemporáneas, desde su aparición en 1610.

La ciencia griega sustentaba la idea de la esfericidad de la tierra, y por ende la existencia de masas continentales en el hemisferio sur. La tesis de las antípodas, formulada por Platon, vino en apoyo de la antigua teoría helénica. Un geógrafo *hispaniolus*, hispano-latino, Pomponio Mela, admitió posteriormente la *Antichthonia* o tierra austral, opuesta al mundo conocido (primera centuria de nuestra era). Según Mela, un extremo de la misma venía a ser la legendaria *Tropobana* o Ceilán (Patria de nuestro "Alifanfarón", para más señas, "enemigo del emperador Pentapolín del arremangado brazo", entrañables personajes del Quijote...).

Claudio Ptolomeo, Marciano de Heraclea y Macrobio insisten más tarde en el principio, que recoge en plena Edad Media (siglo XIII) el *Doctor Admirabilis*, Roger Bacon, y vigoriza finalmente el pensamiento científico renacentista.

Un siglo largo después de los viajes y descubrimientos colombinos, Europa volvía a enterarse con vehemente interés y exaltación de un nuevo y transcendental periplo español. Furtivamente esta vez, pues se trataba de la traducción ilegítima, bastarda, espuria, de un opúsculo hispano. Cien años antes el mundo erudito europeo se había instruido en detalle acerca del descubrimiento y conquista indios leyendo las clásicas *Décadas del orbe novo*, que firmaba el humanista ítalo-hispano Anghiera, o Angleria como le llamaban los españoles, o Anglerius, según sus escritos latinos.

Se hablaba, en efecto, de un sensacional informe que corría de mano en mano en italiano, latín, alemán, holandés, francés e inglés, firmado por Pedro Fernández de *Quir* (sic), capitán español, revelando la existencia del imaginado continente austral. Na menos que la *Perusta-temperata antipodum nobis incognita*, de acuerdo con la teoría de Macrobio de fines del siglo IV d. C. — argumentaban los graves doctos europeos. Los globos y mapas trazados después de Colón delineaban, en realidad, el perfil de un continente meridional que debía compensar las masas terrestres septentrionales. Sobrada razón tenían entonces los cartógrafos Roselli, Monachus, Schöner, Finneus, La Salle, Mercator — añadían los eruditos del Viejo Mundo.

En el transcurso del siglo XVI la expansión española logra dimensiones inauditas, sin parangón en la Historia. Con encendido patriotismo apuntaba Francisco López de Gomara, capellán de Cortés e Historiador de Indias:

Nunca, nación alguna extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje, sus armas, ni caminó tan lejos por el mar y tierra, las armas a cuestas. Nunca jamás rey ni gente mandó y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido no que ella hizo en armas y navegación como en la predicación del Santo Evangelio y conversión de idólatras. ¡Bendito sea Dios que les dio tal gloria y poder!

Al mediar la centuria aludida, las velas ornadas con la cruz castellana surcaban no sólo el océano del Almirante, sino también el extensísimo "mar" de Balboa. Legazpi inicia la colonización de Filipinas. Mendaña parte en búsqueda de lejanos archipiélagos polinesios. Sarmiento se embarca en la trágica empresa que lo lleva a ocupar el estrecho de Magallanes y a fundar allí dos ciudades de de siniestro destino.

En su monumental *História de Chile* (tomo II, p. 199) — a base de documentos exhumados por José Toribio Medina — Francisco Antonio Encina describe una interesante travesía poco conocida de Juan Fernández, piloto español del mismo siglo, descubridor de las islas que llevan su nombre, frente a Valparaíso. Discípulo de excelentes marinos gallegos, veteranos en las rutas del Pacífico, Fernández, asociado con Juan Jufré, viejo conquistador de Chile, compañero de Valdivia, obtiene autorización del virrey del Perú para emprender un viaje hacia el Pacífico sur-occidental, persuadido de la existencia en aquel sector de ricas islas. A 40 grados sur y distancia muy considerable de Chile divisaron en 1576 una tierra de gran extensión y poblada. Por la latitud y otros pormenores, Medina y Encina suponen que fuese Australia o Nueva Zelanda. Fernández quería volver a la tierra descubierta por él, pero la muerte de su compañero, el conquistador Jufré, y la falta de medios impieron al excelente marino coronar su empresa.

Diez años antes, en 1567, el navegante gallego Alvaro de Mendaña de Neira había partido del Callao con la armada española que descubrió las Islas Salomón. En su segunda travesía, Mendaña da con el archipiélago de las Marquesas (de Mendoza, en honor del virrey del Perú) y la isla de Santa Cruz, y muere víctima de una epidemia. La expedición retorna a las órdenes de su mujer, como "adelantada del mar océano", caso único en la *História* de las empresas marítimas. Pero el alma del viaje fue el piloto mayor de Mendaña, el capitán Pedro Fernández de Quirós, o sea "il capitano Pedro Ferdinandi di Quir", o "Petri Fernandez de Quir, Spanischen Hauptmanns", o "Petrum Ferdinandez de Quir", o "le Capitaine Pierre Ferdinand de Quir", o "Ferdinand de Quir, a Spanish Captaine", como rezan las versiones que repiten, según Carlos Sanz, el error de la edición de Pamplona del opúsculo de Fernández de Quirós sobre el descubrimiento de Australia.

"Don Quijote del Océano", lo ha llamado G. A. Wood — *The Discovery of Australia*, London, 1922. Y en realidad, Don Pedro era hombre de otras edades. Su tremenda y fascinante estatura humana se perfila nítidamente en sus escritos, en sus opúsculos, en las minuciosas relaciones que dirigía, incansable y tenaz, al tercer Felipe.

Fernández de Quirós comenzó su carrera marítima como simple escribano de buques mercantes que surcaban los extensos mares del imperio español. Tras el periplo de Mendaña, de retorno en Europa, lo encontramos en Roma en 1600, ganando el jubileo del Año Santo. Allí mantuvo largos coloquios con el embajador español, quien le consiguió una entrevista con el Santo Padre, y una recomendación escrita de éste, que le conquistó sin dificultades la ayuda del piadoso Felipe III, en Madrid. Quirós marchó ipso facto a América, y en el Perú el conde de Monterrey le facilitó tres navios y víveres para un año. Embarcaron con él unos 300 hombres a las órdenes de un prudente e íntegro marino, el almirante Luis Váez de Torres. El joven poeta Luis de Belmonte Bermúdez, cronista de la expedición, nos dejó, felizmente, cuenta exacta del periplo (publicada de 1876 a 1882 por Justo Zaragoza, *História del descubrimiento de las regiones australes por el general Pedro Fernández de Quirós*), cuyo objetivo era descubrir el continente meridional, que presumía el "ingenioso hidalgo" de los mares.

Y efectivamente, Quirós era hombre soñador, fantástico, piadosísimo, con tintes de exaltado misticismo, que consideraba su empresa como misionera, evangélica. Como su congénere manchego comenzó por abandonar sus arreos náuticos para adoptar el hábito del seráfico, pues quería que con el espíritu franciscano se efectuase el periplo. Desafortunadamente el contraste era enorme entre el quijotesco piloto y la mayoría de la tripulación, gente rebelde, codiciosa y sin escrúpulos. En vísperas de la Navidad de 1605 levaron anclas las naves expedicionarias españolas con rumbo a las Islas de Salomón y de Santa Cruz, descubiertas por Mendaña. De haber seguido la "derrota" de Quirós habrían llegado directamente a Nueva Zelanda o Australia, pero la insubordinada dotación, que manejaba a su antojo el díscolo piloto Juan Ochoa, lo obligaron a cambiar de rumbo.

El místico capitán franciscano iba, ínterin, bautizando las bellísimas islas y archipiélagos que visitaban o divisaban: la Conversión de San Pablo, los Portales de Belén, el Pilar de Zaragoza, San Marcos, San Bernardo, Nuestra Señora del Socorro, etc. (Comenzando por la misma Australia, muchos de los nombres de Mendaña y de Quirós han permanecido en la nomenclatura geográfica. Un simple vistazo al mapa del Pacífico sur-occidental nos permite constar el aserto). El 1 de mayo de 1606 descubrían una isla grande en el archipiélago de Nuevas Hébridas. Días después Quirós procedía a tomar posesión de la misma, que denominó del Espíritu Santo — y que mantiene hoy —, pronunciando un discurso solemne muy propio de su carácter:

...en estas partes que hasta agora han sido incógnitas, en nombre de Jesucristo, hijo del Eterno Padre y de la Virgen María, Dios y hombre verdadero, enarboló esta señal de la Santa Cruz en que su persona fue crucificada y a donde dio la vida por el rescate y remedio de todo el género humano, siendo presentes por testigos todos los oficiales de mar y guerra. Fecha, día de Pascua del Espíritu Santo, a 14 de mayo de 1606.

Aseguraba luego que venía con "aprobada licencia" del Sumo Pontífice y por "mandado" de Felipe III. tomando, acto seguido, posesión, en nombre de

la Santísima Trinidad, de todas las "islas y tierras que nuevamente he descubierto y descubriré hasta el polo".

En la bahía d San Felipe y Santiago, a orillas del río que llamó Jordán, decidió el marino fundar la urbe de Nueva Jerusalén, y nombró hasta ayuntamiento y cargos de la imaginaria capital. Haciendo realidad su sueño caballeresco y religioso, creó enseguida la Orden de Caballería del Espíritu Santo, dando el espaldarazo a la mediocre gente que le acompañaba... Su intención, decía, era posesionarse de toda la región austral, que consideraba: "Otras nuevas Indias australes, de no menos esperanzas, que han de ser como otro Nuevo Mundo tan grande...".

En honor de la casa de Habsburgo, de Austria, gobernante en España, Quirós bautizó su transcendental descubrimiento con el nombre de *Austrialia del Espíritu Santo*, denominación netamente española que hizo fortuna.

Cuando la expedición se disponía a reconocer los nuevos territorios, un temporal desatado dispersó las naves, arrastrando la que mandaba Váez de Torres al estrecho que todavía lleva su nombre, entre Nueva Guinea y Australia, y obligando a Quirós a poner proa hacia Méjico, de donde regresó a España, resulto a mover cielo y tierra para conseguir la jefatura de la nueva expedición marítima que debía poblar la extensísima región — la isla del Espíritu Santo y "las tierras que descubriré hasta el polo". Vano intento. Al iluminado marino le iba a tocar predicar en el desierto. Mostraba y demostraba con su encendida verba y su mejor dialéctica la conveniencia de consumir aquella necesaria empresa, que "garantizaría a España", escribe Carlos Sanz, "el dominio absoluto de los mares del sur y la consolidación de su inmenso imperio".

Pasaron los meses y los años. Inmerso en la más negra y amarga miseria no cejaba el navegante en su ideal de dotar a su Pátria de la soberanía del continente austral. Llegó a escribir varias decenas de vehementes escritos, que hoy no podemos dejar de leer sin admirar su tenacidad, su idealismo, su firmeza de espíritu. Trazó 200 mapas, desaparecidos en su totalidad infortunadamente. Pero todo resultó inútil. España sufría, a la sazón, puntualiza Sanz, "plétora de extensión territorial". Además, aquella vasta zona no se encontraba en el marco del aparato estratégico español; tampoco se habían encontrado allí metales preciosos. Y como si todo esto fuera poco, el quimérico carácter del navegante no resultaba muy grato a algunos altos consejeros reales. De modo que los funcionarios madrileños daban largas a una empresa que no sentían. ¿Qué objeto — se preguntaban — tendría la ocupación de un nuevo continente que España no podría poblar y conservar, y quizá sólo aprovecharían sus enemigos?

Entre los cincuenta memoriales que dirigió Quirós a Felipe III figura el número ocho que divulgó en todo el resto de Europa la feliz nueva del descubrimiento de la "cuarta parte del mundo", a la cual denominaba Fernández de Quirós *Austrialias* cuya longitud, razonaba el magnífico visionario, "es tanta como la de toda Europa".

Inquieto Felipe III, a finales de 1610, recelando lo que en realidad iba a ocurrir, escribió de su puño y letra en el despacho real que prohibía la publica-

ción de los memoriales del marino: "Dígasele al mismo Quirós, que recoja estos papeles; y los dé con secreto a los del Consejo de Indias, porque no anden por muchas manos estas cosas". Pero ya era demasiado tarde. Uno de los opúsculos, precisamente el ocho, pasó los Pirineos y fue ávidamente traducido e impreso en Milán, Augsburgo, Amsterdam, París y Londres.

Cuatro años después, una cédula real ordenaba por fin al virrey del Perú que aprestase una armada, mientras marchaba Quirós a América con la cabeza llena de proyectos, presa de la mayor excitación, dispuesto a dirigir personalmente la nueva empresa tan larga y sentidamente soñada. "Frisaba la edad de nuestro hidalgo", diría Cervantes, "con los cincuenta años". Del todo agotado, exhausto, meses más tarde, "dio su espíritu", agregaría el Manco de Lepanto, "quiere decir que se murió". Con él se retiraba España un siglo largo de las empresas oceánicas en el Pacífico.

Hasta aquí la agitada e increíble vida del "ingenioso hidalgo" don Pedro Fernández de Quirós, que sirve también de pórtico a la interesantísima obra de Carlos Sanz.

Mas los esfuerzos inauditos de Quirós no habían sido vanos. "Dos grandes océanos — Atlántico y Pacífico —, un inmenso continente — América —, las Islas Filipinas, y ahora Australia. He aquí" — escribe Carlos Sanz — "el balance de la mayor aventura marinera que conocieron los siglos".

Los hodandeses, que ya navegaban por aquellos apartados parajes, estudiaron atentamente, sin duda, las útiles noticias de Quirós. No en balde, de 1612 a 1648 se imprimió en Amsterdam nueve veces, en holandés y en latín, el memorial ocho de Quirós (Sanz, p. 223). Un par de décadas después anunciaba Abel Tasman el descubrimiento de la "Nueva Holanda", nombre que quiso imponer a la Australia de nuestro navegante. El capitán inglés James Cook había de coronar la empresa con sus famosísimos viajes, siglo y medio más tarde.

Sanz anuncia un nuevo aporte fundamental a la materia con el título de Biblioteca australiana vetustísima, en la que estudiará, nos dice, el tema con acopio documental, bibliográfico y cartográfico. En la presente obra ofrece, además, ilustrativas primicias, por ejemplo, la portada y una página de la *Historical Collection of the several voyages and discoveries in the South Pacific Ocean. Being chiefly a literal traslation from Spanish writers*. London, 1720, de Alexander Dalrymple, que elogia el "inmortal name" y "sublime conception" de Fernández de Quirós. Como asimismo un interesantísimo mapa de la *Nouvelle Hollande*, diseñado por R. de Vagoundy y publicado en la *Histoire des Navigations aux ierres australes*, de Charles de Brosses, París, 1756. En la carta de marras aparecen formando parte de Australia los descubrimientos y nomenclatura de nuestro insigne marino: "Terre du St. Esprit", "Ba. de St. Philippe et St. Jacques" "R. Jordan" y "Jerusalem la Neuve". En su diario de 1770 menciona el capitán Cook este mapa que llevaba consigo en sus históricas travesías.